

Con una ley suxtuaria, tan inútil ciertamente, como todas las que la habían precedido, intentó disminuir el insultante lujo de los ricos, y comenzó la reorganización de la hacienda pública restableciendo en Italia las aduanas para las mercancías extranjeras.

De esta manera la balanza se mantenía en su fiel para todas las clases; ningún orden se elevaba por encima de los otros, y el Estado tenía por fin un jefe que ponía el interés general sobre el interés de un partido.

Pero estas leyes, lo hemos repetido muchas veces, no eran más que paliativos. César no tuvo tiempo para hacer duraderas sus ideas, haciéndoles tomar cuerpo en instituciones. Augusto hará lo mismo que César sin tener la misma excusa; y por culpa de sus dos fundadores, tendrá el imperio innumerables leyes, pero no organización política.

Las turbaciones de los cincuenta últimos años habían aumentado de una manera deplorable la decadencia de la agricultura y la despoblación de los campos; los hombres libres venían de todas partes á buscar fortuna en Roma ó iban á los campos y á las provincias. César prohibió á todo ciudadano de veinte á cuarenta años permanecer más de tres años fuera de Italia, excepto el caso de servicio militar cuya duración disminuyó. En las reparticiones de tierras favoreció á los que tenían numerosa familia: tres hijos daban derecho á los campos más fértiles. Ya hemos visto que prescribió á los herbajeros que tuvieran entre sus pastores la tercera parte de hombres libres, y que expulsó de Roma la mitad de sus pobres. Era el pensamiento de los Gracos; hacer refluir á los campos y multiplicar en la península la raza de los hombres libres.

Los colonos de Sila enajenaron muy pronto sus tierras por un puñado de dinero, muy luego disipado, y aquella soldadesca arruinada se había vendido fácilmente á los facciosos. Para hacer imposible un nuevo Catilina, César prohibió á sus veteranos la enajenación de sus partijas, hasta pasados veinte años de posesión (1).

Existía una causa de perpetuos desórdenes en el desorden del calendario establecido sobre el año lunar de 355 días con el año solar que tiene 365. Los grandes habían encontrado en esto un comodín para adelantar ó atrasar á su voluntad las elecciones y los plazos de los vencimientos de los arriendos públicos. Antiguamente el colegio de los pontífices mantenía la conformidad entre los años lunar y solar añadiendo al primero días intercalares; pero las turbaciones del último siglo de la república habían traído el desorden tanto en las cosas de la tierra como en las del cielo: los pontífices hubieron de descuidarse y dejaron de tener la precaución necesaria, y el año legal, retrasado más de dos meses (67 días), respecto del normal, comenzaba entonces en octubre; de modo que las fiestas de las mieses no caían ya en el estío, ni las de la vendimia en el otoño.

César encargó al astrónomo de Alejandría, Sosígenes, que pusiera el calendario de acuerdo con el curso del sol. Fué preciso dar al año 45, que se llamó «el último año de la confusión», 445 días, es decir los 67 del retraso y los 23 del mes intercalar ordinario (2).

Catón hubiera podido decir, y los que quedaban del par-

(1) Apiano, *Bell. civ.* III, 2. Casio levantó muy luego esta prohibición (Ibid. III, 7).

(2) Suetonio, *Jul. Cesar.* 40. Constando el año juliano de 365 días y 6 horas, estableció el astrónomo Sosígenes que el año común sería tres veces seguidas de 365 días y la cuarta de 366. Este año juliano tenía de más 11 minutos y 12 segundos, error que se corrigió en 1582 por el calendario gregoriano. Los rusos y todos los pueblos del rito griego se sirven aún del calendario juliano, y en este momento llevan un retraso de 12 días, respecto de nosotros.

tido oligárquico decían, en efecto, que todas estas cosas excelentes de suyo, venían á ser detestables, siendo realizadas por un hombre, no por la república. Pero la república había demorado durante un siglo estas reformas y no las había hecho.

## II. — GUERRA DE ESPAÑA; MUNDA (45). — VUELTA DE CÉSAR Á ROMA.

Las noticias que llegaban de diferentes puntos del imperio interrumpían este fecundo trabajo. Los lazos del patronato, debilitados en Roma, conservaban su poder en las provincias, donde los grandes, á quienes los azares de la política y de la guerra habían hecho patronos de ciertos pueblos, encontraban en ellos apoyo para sus empresas. El senado había fortalecido en todas partes la influencia de la aristocracia provincial; pero esta aristocracia era menos afectada á la fortuna de Roma que á la del prócónsul que había tenido el cargo de organizar la provincia. Los jefes de las ciudades seguían el partido de los que les habían dado el poder, pensando que el partido contrario no dejaría de quitárselo. Eran pues intereses, y no ideas, los que decidían á qué lado convenía inclinarse. Que en Roma se tratara de república, de monarquía, de libertad ó servidumbre, como decían los oligarcas, importaba poco. La Galia era cesarista porque César había distribuido allí los cargos y los favores; por la misma razón eran pompeyanas Siria y España. Habían estado en la clientela del padre y permanecían en la de los hijos; de suerte que bastaba la menor torpeza en los tenientes de César para que la facción tantas veces vencida levantara la cabeza en aquellas apartadas regiones.

En Siria, el pompeyano Cecilio Baso había expulsado al gobernador nombrado por César y se mantenía independiente: en Galia un movimiento de los belovacos había sido fácilmente reprimido por Décimo Bruto; pero España estaba ardiendo. Durante la guerra de Alejandría, el teniente de César en la Ulterior, Q. Casio Longino, había enardecido de tal modo los ánimos con su dureza y sus exacciones que por poco no le cuesta la vida en Sevilla, y hasta hubieron de amotinarse dos de sus legiones, compuestas de antiguos soldados pompeyanos de Afranio, y hubiera estallado una guerra civil sin la intervención del gobernador de la Citerior.

Estos acontecimientos tuvieron enojosas consecuencias. Aunque los rebeldes volvieron á su deber, no dejaban de temer un severo castigo, y creyeron que el mejor medio de evitarlo era faltar segunda vez al juramento militar, cambiando de partido en cuanto se presentara la ocasión.

Con esto, cuando los restos de Farsalia se reunieron en Africa, los descontentos de España tuvieron con Catón secretas confidencias y para seguir más de cerca estas negociaciones, el hijo mayor de Pompeyo, Cneo, se apoderó de las Baleares. Después de la derrota de Tapso, desembarcó en la península, adonde llegaron luego su hermano Sexto, Labieno y Varo. En poco tiempo tuvo allí trece legiones y batió con ellas á todos los que intentaron oponerse á sus proyectos.

En Farsalia se habían reunido los grandes con Pompeyo para derribar á César, con el designio secreto de obligarlo después á contar con ellos; en Africa habían luchado por sí mismos; y á fin de estar seguros de que los hijos del nuevo Agamenón no recogieran los frutos de su perseverancia, habían alejado al uno y dado al otro un papel oscuro. Pero en España sólo el nombre de Pompeyo había reunido un ejército, y la consigna ó seña no era ya *Roma ó Libertad*,

sino *Piedad filia*; había sido menester nombrar general á Cneo, y será preciso reconocerlo por jefe, después de la victoria; y jefe duro, implacable, amenazando siempre con la espada.

Así pues eran muchos los que decían que no había ya más que elegir entre dos tiranías, una suave, otra violenta. Al partir de Roma, á fines de setiembre del 46, llevaba César consigo los votos de sus antiguos adversarios (1).

Las legiones pompeyanas se habían formado de licenciados de Afranio después del desastre de Lérida, de amotinados de Longino, de restos del ejército africano, de esclavos emancipados y de aventureros de todos los países, que á favor del estado de guerra podían satisfacer sus instintos de pillaje y sangre. De estas trece legiones sólo cuatro merecían algún respeto, gracias á los veteranos que suministraban cuadros sólidos. Estas tropas, mal aguerriadas y peor disciplinadas, eran capaces de recibir bien al enemigo un día de batalla, pero no lo eran de hacer una campaña en regla. Así, Cneo Pompeyo no se atrevió á conducirlas á la Citerior para disputar á César los puertos de los Pirineos; ni siquiera defendió los pasos difíciles que conducen al valle del Guadalquivir (*Batis*) y dejó á los cesaristas llegar en veintitrés días cerca de Ulia, que él sitiaba y de Córdoba de que había hecho su plaza de armas.

Este país era muy distinto por su naturaleza del país en que se hizo la última campaña; mas por razones diversas era muy difícil poder dar en él rápidamente un golpe decisivo, forzando al enemigo á recibir la batalla, aún cuando no quisiera él aceptarla. Montuoso y fértil, permitía tomar posiciones inexpugnables y por donde quiera se encontraban víveres y agua.

Muchos meses se pasaron en escaramuzas y sitios de ciudades (2). La crueldad de Cneo y la impaciencia del dictador al verse detenido por aquellos pompeyanos dos veces ya derrotados, hubieron de dar á esta guerra un carácter de ferocidad que no había tenido aun la lucha: Cneo hacía degollar á todos los sospechosos y César estaba á las represalias.

La acción decisiva se empeñó, en fin, el 17 de marzo del 45 bajo los muros de Munda. Los *Comentarios* distan mucho de mostrar aquella lasitud de los legionarios que, según antiguos escritores, hubo de obligar á César á lanzarse con la cabeza descubierta al frente del enemigo, gritando á sus veteranos dispuestos á huir: «¿Queréis entregar vuestro general á unos niños?» César sólo perdió en esta jornada mil hombres, mientras mordieron el polvo treinta mil pompeyanos y entre ellos Labieno y Varo. Las águilas de las trece legiones cayeron en manos de César.

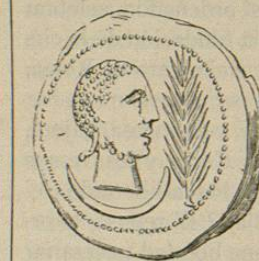
Cneo pudo llegar á Carteya, de donde muy luego tuvo que salir huyendo. Herido en el hombro y en la pierna é impedido de marchar, iba de montaña en montaña conducido en una litera; hasta que un día, sin fuerzas para continuar, se ocultó en una caverna, donde, vendido por los

(1) Véase la carta de Casio á Cicerón (*ad Fam.* XV, 19) y la de Cicerón á Atico (XII, 37) donde se encuentran estas palabras: «Dícese que Sexto huye de Córdoba á la Citerior; Cneo también ha huido, pero no sé adónde, ni me importa saberlo.» Durante esta campaña escribió á César hablándole de sus inmortales hazañas, *immortalitati laudem tuarum* (*ad Fam.* XIII, 15 y 16). Verdad es que algunos días después, departiendo con Atico, se expresaba en términos muy distintos, pues creía hasta vergonzoso que se dejara vivir á César: *cum vivere ipsum turpe sit nobis* (*ad Att.* XIII, 28).

(2) César forzó á Pompeyo á abandonar el sitio de Ulia amenazando la plaza fuerte de Ategua, que tomó, y se dirigió á Hispalis. Se apoderó también de Ventisonte y habría tomado á Carruca, si Pompeyo no hubiera incendiado esta ciudad. De aquí continuó su marcha hacia Munda, donde al fin pudo dar la batalla.

suyos, fué degollado. Su hermano, que no había asistido á la batalla, logró encontrar asilo en los Pirineos, donde permaneció hasta la muerte de César. Ya lo veremos levantar por algún tiempo el nombre de su casa (3).

Escápula, uno de los principales jefes pompeyanos, se había refugiado en Córdoba. Esta vez no podía contar con la clemencia de César; los que habían ordenado tantas muertes debían perecer. Escápula lo sabía, y recordando á Catón, imitó su triste fin; pero murió como epicúreo. «Hizo preparar una hoguera; después dispuso un espléndido festín, distribuyó entre sus esclavos todo lo que poseía, y vestido con sus más ricas galas, perfumado de nardo y de resina, se puso á cenar alegremente. A la última copa, se



Moneda de Ulia (4)



Moneda de Ulia (reverso)

hizo matar por uno de los suyos, mientras el más querido de sus libertos daba fuego á la hoguera» (5).

Aquellos libertinos sanguinarios, acostumbrados como estaban á satisfacer todas sus pasiones, no tenían ya qué hacer en el mundo, cuando llegaba la adversidad, y se iban de él aceptando, según el consejo del maestro, un mal menor, el aniquilamiento, por evitar un mal mayor, la miseria.

De todos los personajes que el año 49 se sentaban, llenos de esperanzas y amagos, en el senado republicano de Tesalónica, quedaban muy pocos ya, y todos los que habían sobrevivido á tantos combates invocaban la clemencia de César. «Así terminó en un río de sangre, dice un escritor inglés, la guerra civil que los senadores emprendieron contra César, para sustraerse á las reformas con que les amenazaba su segundo consulado. Estos hombres habían, sin embargo, servido á su país haciendo para siempre imposible aquella constitución republicana en que las elecciones no eran sino una burla, los tribunales un ultraje á la justicia y las provincias una granja para engordar á la codiciosa é insaciable aristocracia».

En Roma el entusiasmo oficial estalló de nuevo á la noticia de la victoria, y el senado decretó cincuenta días de rogativas y reconoció á César el derecho de ampliar el pomerio, puesto que había ampliado los límites del imperio romano. Unos decretos grabados con letras de oro en láminas de plata y depositadas á los pies de Júpiter en el Capitolio, decían:

«El dictador conservará en todo tiempo y lugar el aparato triunfal y la corona de laurel; se llamará *Padre de la*

(3) Esta fué la última batalla de César, que según Nicolás de Damasco, dió trescientos combates, añadiendo, lo que no es del todo exacto, que no fué vencido ninguna vez.

(4) Cabeza descubierta; delante una palma; debajo una media luna. En el reverso VLIA, en medio de una rama de olivo. Moneda de bronce.

(5) *Bell. Hisp.* 33. Este libro no está por desgracia terminado. El último acto que de esta guerra refiere es la toma de las dos ciudades de Munda y de Ursao. De la primera sólo queda el nombre; de la segunda, colonizada por César, apenas quedan algunas ruinas. Pero de estas ruinas acaba de salir el más precioso de los monumentos epigráficos, los *bronces de Osuna*, que contienen una parte de la constitución municipal de la ciudad.



*patria* y se celebrará con sacrificios el día de su nacimiento. Todos los años, hará por él la república votos solemnes; se jurará en su nombre y por su fortuna, y cada cinco años se consagrarán días en su honor.»

Después de la victoria de Tapso había pasado á semidiós; ahora se le hizo enteramente dios. En el templo de Quirino se le erigió una estatua con esta inscripción: *AL DIOS INVENCIBLE* y le fué consagrado un colegio de sacerdotes, que tomaron la denominación de Julianos. ¿Se puso de intento su imagen al lado de las imágenes de los reyes, entre Tarquino el Soberbio y Bruto el antiguo? Algunos vieron en esto una amenaza y un presagio; el mayor número solamente un honor. ¿No era César un segundo Rómulo? El senado á lo menos lo declaraba así ordenando celebrar en las Palilias, con el aniversario de la fundación de la ciudad, el de la victoria de Munda, el renacimiento de Roma.

En efecto, habían comenzado nuevos tiempos: no acusamos pues á aquellos hombres de una vergonzosa baja, cuando los oímos llamar libertador á César y los vemos consagrar un templo á la Libertad. ¿No había libertado César el mundo de la anarquía y del pillaje? El reposo, el orden, la seguridad ¿no eran también una libertad necesaria?

El 13 de setiembre apareció el dictador á las puertas de Roma, pero no entró en triunfo hasta primeros de octubre. Esta vez no había ni rey ni caudillo bárbaro para disfrazar victorias obtenidas sobre ciudadanos. Pero César no creía tener que guardar ya ciertos miramientos: puesto que el Estado era él, sus enemigos, cualquiera que fuese su nombre, eran enemigos del Estado.

Por lo demás, las fiestas, los juegos y los festines del año anterior se renovaron con la misma largueza y esplendor, y acaso acaso con más (1). El pueblo se había quejado de no haber podido verlo todo, los extranjeros de no haberlo podido entender todo. Con esto, se dividieron los juegos, y cada cuartel de la ciudad tuvo los suyos y cada nación representaciones en su lengua. Era muy justo; á dicha ¿no era ya Roma la patria de todos los pueblos? Que todas las lenguas del mundo resuenen, pues, en la capital del mundo, así como se ven en ella hombres y cosas de todos los países. Cleopatra tiene allí también su corte en los jardines de César, más allá del Tíber, adonde Cicerón no teme presentarse (2). Los reyes moros y los príncipes del Asia tienen allí sus embajadores. Es el concurso de las naciones á los pies del trono que se levanta; vienen á saludar al *dios salvador*; y lo que ven sus ávidas miradas no es nada de lo aparente, ni las carreras del circo, ni los juegos del anfiteatro, sino los antiguos poderes, en otro tiempo tan temibles, mostrando su misma humillación; los caballeros, los senadores, los tribunos del pueblo bajando á la arena.

Laberio representó, como mimo, una de sus piezas. «¡Ah! decía el viejo poeta en su prólogo; después de sesenta años de una vida sin tacha, habiendo salido quírite de mi casa, vuelvo á ella mimo.» No os compadezcáis demasiado de su suerte, porque al volver á su casa encontró en ella 500,000 sesteracios, que César le había prometido, y el anillo de oro que le fué devuelto (3).

(1) César apenas tomaba parte en estas diversiones. En los juegos leía los despachos y dictaba las contestaciones (Suetonio, *Octav.* 45).

(2) Solicitó también curiosidades de Egipto, que la reina le negó, lo que le llegó á lo vivo (*ad Att.* XV, 15).

(3) La profesión de mimo era infamante. Laberio era pompeyano y tenía muy acerada la lengua: es posible que César hubiera querido vengarse de algun epigrama, exigiéndole que representara él mismo una pieza suya. El poeta escribió en su pieza palabras tan audaces como estas: *Necesse est multos timeat quem multi timeant* (Macrob. *Saturn.* II, III, 10 y VII, 3). Pero en el prólogo decía con menos altivez: «He obedecido al ruego dulce, humilde y cariñoso de un hombre ilus-

### III. — CLEMENCIA DE CÉSAR. — DICTADURA. — EXTENSIÓN DE SUS PODERES. — CONTINUACIÓN DE SUS REFORMAS. — SUS PROYECTOS

Esperábase generalmente que César castigara mucho después de haber sido tan ultrajado, y Marco Tulio que había dudado siempre de su clemencia, esperaba que la tiranía estallara cuando el tirano nada tuviera que temer. Pero á la altura á que César se había levantado, no llegaban hasta él los odios ni aun los recuerdos de los partidos: el vencedor de Farsalia, el sobrino de Mario, se había transformado en el representante del mundo romano, cuyas glorias todas, como la misma Roma, venían á ser su patrimonio. Levantó las derribadas estatuas de Sila; restableció la de Pompeyo en la tribuna de las arengas, como en otro tiempo restableciera los trofeos del vencedor de los cimbrós; y todavía perdonó á Casio que había querido asesinarlo, al consular Marcelo, que había provocado la guerra contra él, y á Quinto Ligario, que le había hecho traición en Africa. Sin embargo, como precaución temporal, prohibió á los pompeyanos por la ley *Hircia* el acceso á las magistraturas.

Para su poder tampoco buscó César formas nuevas. Creyendo Sila que podía salvarse la república por medio de leyes, revolió toda la constitución, sin cambiar en nada la verdadera situación del Estado; César, que fundaba un nuevo régimen, parecía conservar intactas las antiguas leyes: el senado, los comicios, las magistraturas subsistieron como en lo pasado; sólo concentró exclusivamente en sí la acción pública, reuniendo en sus manos todos los cargos republicanos.

El instrumento de que César se valió para dar una sanción legal á su poder fué el senado. En otro tiempo, después del triunfo, dejaba el general su título de *imperator* y el *imperium*, que comprendía la autoridad absoluta sobre el ejército, la competencia judicial y el poder administrativo; por decreto del senado, conservó César por toda su vida el uno y el otro, con el derecho de tomar libremente del tesoro público; se declararon también perpetuas su dictadura y su prefectura de costumbres, y hasta el consulado se le dió por diez años, si bien no lo aceptó César.

Al poder ejecutivo del senado quiso añadir el poder electoral, ofreciéndole el derecho de nombrar todos los cargos curules y plebeyos; sólo se reservó el privilegio de proveer la mitad de las magistraturas, bien seguro de que nadie se atrevería á pretender las demás sin su beneplácito.

El senado había impuesto á los elegidos la obligación de jurar, antes de entrar en ejercicio, que no emprenderían nada contra los actos del dictador, teniendo estos actos fuerza de ley. Se le concedió también la inviolabilidad tribunicia, y para garantirla más, caballeros y senadores se aprestaron á servirle de guardias: todo el senado hizo solemnes juramentos de velar por su seguridad.

A la realidad del poder se añadieron los signos exteriores: en el senado, en el circo, en su tribunal, podía sentarse en un trono de oro, con la púrpura real, y se grabó su efigie en las monedas, en que los magistrados romanos no se habían atrevido hasta entonces á grabar más que su nombre. Y se llegó á hablar hasta de derecho hereditario, como

tre. ¿Podría yo negar algo al hombre á quien los dioses se lo conceden todo? Cuando quiso volver á ocupar su asiento entre los caballeros, se ensancharon estos para que no lo encontrara, y Cicerón le gritó diciendo: «De muy buena gana te lo ofrecería yo, si no estuviera tan estrecho. — ¡Bah! tú necesitas siempre dos asientos,» contestó el mordaz poeta, aludiendo á la conducta equívoca que había permitido á Cicerón tener siempre un pie en un campo y otro pie en otro.

en una monarquía regular. El título de *imperator* y el pontificado máximo fueron transmisibles á sus hijos legítimos ó adoptivos; y como no los tenía, un poeta casquivano pensó, según se dice, proponer una ley que permitiera á César casarse con toda mujer que pareciera en aptitud de darle un hijo (1).

También se quería poner su imagen en el templo de Quirino con esta inscripción: *Al dios invencible*, y erigió otra á la Clemencia, colocando su estatua al lado de la estatua de la diosa, dándose las manos. César no se engañaba sobre la secreta perfidia que inspiraba estas bajezas y no les daba más importancia de la que merecían. Pero sus enemigos hallaban en esto nuevos motivos para odiar al grande hombre que los había salvado.

En resumen, como dictador vitalicio, tenía el poder ejecutivo y la libre disposición del tesoro, y como *imperator*, la autoridad militar. El poder tribunicio le daba el veto sobre el poder legislativo; príncipe del senado, dirigía los debates de esta asamblea; prefecto de las costumbres las componía á su voluntad, y pontífice máximo hacía hablar á la religión según sus intereses y vigilaba á sus ministros. Disponía pues de las rentas públicas, del ejército, de la religión, del poder ejecutivo, en parte de la autoridad judicial, de la mitad del poder electoral é indirectamente de casi todo el poder legislativo.

Añádase que estas prerrogativas no estaban limitadas ni en el tiempo, pues que eran vitalicias, ni en el espacio porque las ejercía en todas partes, hasta en Roma, y que no tenía colega que pudiera oponerse á ninguno de sus actos.

Con esta concentración de todos los poderes públicos en manos de César, las antiguas magistraturas se parecían á aquellas imágenes de los antepasados conservadas en el atrio de las casas consulares; bella apariencia, grandes recuerdos, pero formas vanas y sin vida.

El senado había descendido también del carácter de soberano consejo de la república al de un simple cuerpo consultivo, que el amo se olvidaba de consultar las más de las veces. La guerra civil lo había diezariado; César lo completó con bravos soldados y aun con hijos de libertos, que lo habían servido bien, y buen número de provinciales, españoles, galos de la Narbonense desde larga fecha romanos; y tenía tantos servicios que pagar que llegó á constar el senado de 900 miembros.

El orgullo de los nobles se vengó con burlas. «Los galos, decían, han cambiado las bragas por la laticlavia.» Y algunos carteles fijados en las calles invitaban al pueblo á no indicar á los nuevos Padres Conscriptos el camino de la curia. Pero estos senadores eran dóciles y hacían sin replicar todo lo que el amo quería y aun más de lo que quería. Ni se ofendían porque algunos senadoconsultos, hechos por César solo, ó por el consejo privado que reunía en su casa, se promulgaran en nombre del senado. Un día hubo de recibir Cicerón las gracias de un príncipe de Asia, que decía deberle su título y de cuyo negocio no sabía Marco Tulio una palabra. Se rió de ello, porque él también se había hecho al tiempo, y medio consolado con su verdadero poder, el de su ingenio y palabra, no dejaba entrever sus

(1) *Uti uxores liberorum quærendorum causa, quas et quot vellet ducere liceret* (Suet. *Jul. Cas.* 85). En primer lugar no se presentó tal ley; sólo se sospechó que tuviera intención de ello el tribuno Helvio Cinna: luego, el divorcio era muy común en Roma, y Cinna se había inspirado sin duda en el ejemplo de Hortensio pidiendo á Catón que le cediera su mujer para tener de ella hijos, *liberorum quærendorum causa*. Lo monstruoso en el proyecto de la ley de Cinna era el divorcio impuesto. Sila lo había hecho así; pero no era una razón para que lo hiciera César, que se había negado á separarse de la suya contra las exigencias del omnipotente dictador.

pesares sino con dichos malignos. Este papel de arquero intelectual complacía mucho á César, mal hallado entre los aduladores. Todas las mañanas le llevaban los dichos de Cicerón y César hacía de ellos una colección. Un día se invitó á comer en casa de Marco Tulio (2) y estuvo admirable dice su anfitrión; pero la conversación fué exclusivamente literaria. A pesar de su gusto por las cosas de ingenio, el antiguo consular, que se había creído siempre un hombre de Estado, se resintió de no haber escuchado una palabra de negocios serios.

Un día se trasladó el senado en corporación al templo de *Venus Genitrix* á presentarle unos decretos redactados en su honor. El semidiós estaba malo y no se levantó de su asiento. Fué una imprudencia, porque se corrió el rumor de que no se había dignado levantarse. Tratando á aquel senado con alguna dignidad, acaso hubiera conseguido que se le considerara como el representante legal del pueblo, y así hubiera dado también más autoridad á su propio poder. Augusto no cometerá ciertamente esta falta.

Había aumentado ya el número de los miembros de los colegios sacerdotales, el de los pretores, cuestores y ediles (3); no podía nombrar más de dos cónsules; pero la nueva teoría de los cónsules sustitutos le permitió dar en un año este alto cargo á muchos. El cónsul Fabio murió el 31 de diciembre del 45; faltaban sólo algunas horas para que el año expirara; sin embargo le nombró un sustituto. «¡Qué cónsul tan vigilante! exclamó Marco Tulio: no ha pegado los ojos en toda su magistratura.» Todavía hizo más; se pudieron usar insignias pretorianas y consulares sin haber ejercido estos cargos.

Quedaban apenas algunos patricios: ningún cónsul ni dictador los había hecho nunca; era un derecho real, casi divino. Pues César los creó; privilegio muy importante en apariencia, pero sin carácter político, pues sólo sirvió para evitar que por la rápida extinción de las antiguas familias, se corriera el riesgo de no poder cumplir ciertas funciones religiosas. Su sobrino, el joven Octavio, recibió entonces sus ejecutorias de nobleza; y Cicerón, el lugareño de Arpino, cedió á la tentación y obtuvo también las suyas.

El triunfo mismo perdió su carácter de alta recompensa militar: sólo el general en jefe podía obtenerlo; César lo concedió también á los tenientes. Era una infracción de las prescripciones religiosas, como quiera que el teniente combatía bajo los auspicios de su jefe; pero César que no creía en los auspicios ni en los dioses, creía en el talento y daba la recompensa á quien la había merecido. No respetaba más en el foro esas viejas prescripciones religiosas. Un día se tomaron los auspicios para la asamblea de las tribus, y César reunió las centurias.

El pueblo tenía aún sus comicios, hacía leyes, y daba cargos; exteriormente era todavía el poder soberano; pero faltaba vida á sus asambleas, porque los candidatos sabían muy bien que el favor de César, no el del pueblo, era el prestigio que había de ganarse previamente. Se había dado

(2) En la referencia de este hecho, que Cicerón hace á Atico (XIII, 52) dice de César: *accubuit, ἐμπειρίῳ ἄγεbat; itaque et edit et bibit ἄδρω; et jucunde*. Muchos modernos acostumbran excitar el apetito antes de sentarse á la mesa con un aperitivo, ó darle nueva eficacia con un sorbete en medio de la comida. Los medios son diferentes, el objeto es el mismo: comer más de lo necesario. Pero el procedimiento de los romanos es singularmente repugnante: *Vomunt ut edant, edunt ut vomant* (Sen. *Cons. ad Helv.* 9). En todas sus elegancias, este pueblo mezclaba singulares groserías. Cicerón y sus contemporáneos lo tenían por cosa corriente y natural.

(3) 16 pretores, 40 cuestores, 6 ediles, 16 pontífices, 16 augures, 16 quinceviro (Dion, XLIII, 47). Elevando á 40 el número de los cuestores, hacía entrar en el senado 40 nuevos miembros.